

San Agustín. Sobre la felicidad

- Queremos ser felices, ¿verdad?

Apenas lo dije, todos asintieron unívocamente. Continué:

- ¿Os parece que es feliz quien no tiene lo que quiere? (Lo negaron). Entonces, ¿todo el que tiene lo que quiere es feliz?

Mi madre saltó en este punto:

- Si quiere y tiene cosas buenas, es feliz. Si, en cambio, quiere males, aunque los tenga, es desgraciado.

Ante estas palabras sonréí y le dije:

- Querida madre, has alcanzado la cima de la filosofía. [...] Es el más desgraciado de los hombres el que quiere lo que no le conviene. Y no es tan desgraciado quien no obtiene lo que quiere, aunque quiera alcanzar lo que no le conviene. En efecto, la mala voluntad proporciona mayores males que bienes la fortuna. [...] Nadie puede ser feliz si no tiene lo que quiere, y tampoco es feliz todo aquel que tiene lo que quiere.

Todos aceptaron esta máxima.

- Retomemos entonces: ¿me concedéis que todo aquel que no es feliz, es desgraciado? (No lo dudaron un instante). Prosegui: – Por tanto, todo el que no tiene lo que quiere, es desgraciado. (Les gustó a todos esta afirmación). ¿qué debe buscar el hombre para ser feliz? [...]

Coincidieron conmigo en esta última afirmación.

- Lo deseado –seguí hablando– debe ser algo permanente, que no dependa de la fortuna y que no esté sujeto a cuestiones azarosas. Todo lo que es mortal y pasajero no podemos sostenerlo cuanto queramos ni el tiempo que deseemos.

Todos asintieron salvo Trigecio, que alzó la voz y dijo:

- Hay muchas personas afortunadas que tienen muchas y muy generosas posesiones quebradizas y sujetas al azar y que, sin embargo, resultan muy agradables en esta vida: no les falta nada de lo que ellos quieren.

Repliqué de la siguiente manera:

- ¿Te parece que una persona con miedo es feliz?
- La verdad es que no –contestó Trigecio.
- Sigamos. Si alguien puede perder lo que ama, ¿puede no temer?
- Sin duda que lo teme.
- Aquellos bienes inopinados pueden, evidentemente, perderse. De ningún modo, convendrás conmigo, puede ser feliz quien ama y posee estas cosas.

No dijo nada Trigecio, pero mi madre en este punto sí que apuntó algo más:

- Aunque fuera seguro que todas aquellas cosas no las iba a perder, sin embargo, no podría saciarse con ellas. Por tanto, es más desgraciado y es siempre un indigente.

Le contesté así:

- Qué pasaría si alguien que nada en todos estos bienes y los posee en abundancia establece un límite a su deseo y disfrutara, contento, de ellos de manera decorosa y agradable: ¿no dirías que es feliz?
- Por supuesto que no por sus bienes –contestó–, sino porque puso medida en su espíritu.

[...]

- ¿Consideráis –continué– que Dios es eterno y siempre permanente?
- Esa cuestión es tan cierta –dijo Licencio– que no debiste ni preguntarla.

Todos los demás lo afirmaron con devoción pía.

- Por tanto, quien tiene a Dios es feliz.

Lo aceptaron alegremente y con mucho gusto:

- Por tanto –seguí hablando–, creo que, con todo lo que hemos acordado, no nos queda otra cosa más que preguntarnos quién tiene a Dios, pues este hombre será, sin duda, feliz. Os pregunto ahora cuál es vuestra opinión acerca de esto.

Habló primero Licencio:

- Tiene a Dios aquel que vive bien.

Trigocio expuso su parecer:

- Tiene a Dios quien hace lo que Dios quiere que hagas.

El niño Lastidiano confirmó esta opinión, aunque quiso aportar su granito de arena:

- Tiene a Dios quien no tiene un espíritu impuro.

[...]

- “Moderación” (*modestia*) viene de “mesura” (*modo*), y “templanza” (*temperantiam*), de “equilibrio” (*temperies*). Donde hay medida hay también equilibrio: no hay nada ni de más ni de menos. [...] Tanto lo escaso como lo excesivo implican falta de medida y, por tanto, necesidad. La medida del ánimo es la sabiduría.